

MUJICA PINILLA, Ramón (coord.). *Visión y símbolos: del virreinato criollo a la República peruana*. Lima: Banco de Crédito del Perú, 2006, xvii + 367 pp., ilustr.

Dentro de la colección *Arte y Tesoros del Perú*, dedicada fundamentalmente a temas de historia del arte, este trigésimo primer volumen se distingue, ante todo, por la diversidad de materias y enfoques que contiene. En efecto, los ensayos reunidos en *Visión y símbolos: del virreinato criollo a la República peruana* abarcan desde la historia social y de las ideas hasta la historia cultural, sin dejar de lado la historia del arte. Su temática discurre también dentro de un amplio marco cronológico, aproximadamente desde 1750 hasta 1850, periodo que resulta crucial para el surgimiento del Perú moderno. Todo lo anterior explica la riqueza multidisciplinaria que se desprende del libro, pero también sus eventuales discontinuidades e inevitables vacíos.

Por más de una razón, la obra continúa los caminos abiertos por los títulos *Barroco Peruano* 1 y 2, coordinados por el propio Ramón Mujica Pinilla. Al igual que en ellos, la imagen artística se sitúa aquí en un contexto que permite dotarla de nuevos sentidos, aunque, en ocasiones, sea el correlato visual de un discurso histórico de otro orden. Así, David Brading abre las páginas del libro reflexionando sobre las mutaciones que el concepto de *patria* sufrió desde el surgimiento del criollismo conventual hasta la generación novecentista. En este trabajo, a partir del discurso de tres personajes paradigmáticos (fray Buenaventura de Salinas, Manuel Lorenzo de Vidaurre y José de la Riva-Agüero), Brading retoma y desarrolla algunas ideas presentadas en publicaciones anteriores, como su ya clásico *Orbe Indiano*. De este modo, se establece un marco conceptual bastante amplio para los siguientes artículos.

Scarlett O'Phelan explora enseguida las difusas fronteras étnicas virreinales, un tema constante dentro de su labor investigativa. El traje fue, en el *Barroco Peruano* 2, el medio que evidenciaba la ambigüedad de las clasificaciones étnicas en el siglo XVIII andino. Esta indefinición es estudiada, en el presente ensayo, a partir de la figura del mestizo, desde sus reclamos genealógicos como descendientes directos de conquistadores

y mujeres de la elite inca, hasta la pérdida de privilegios —integrados ya en la nobleza indígena— posterior a la derrota de Pumacahua. También centrando su atención en la zona sur andina, David Cahill analiza la campaña iconoclasta del visitador Areche contra el incaísmo cristianizado construido por las elites indígenas con el fin de legitimar sus privilegios. Resulta interesante descubrir la desaprobación del obispo Moscoso de las muestras culturales autónomas —aunque subordinadas— de la nobleza inca, habida cuenta de las sospechas que despertó, en las autoridades virreinales, la actitud del prelado del Cuzco frente a la sublevación de Túpac Amaru II.

La campaña iconoclasta de Areche era al fin y al cabo una arremetida contra la posibilidad de elaborar discursos autónomos. Con casi igual furor, a inicios del siglo XIX, se quiso desterrar la ornamentación barroca de las iglesias limeñas, para reemplazarla por un clasicismo que intentaba también una homogenización del gusto. Del surgimiento de este clasicismo, a mediados del siglo XVIII, así como de sus logros y limitaciones en el medio local, trata el artículo de Luis Eduardo Wuffarden, quien transita de forma notable por un tema poco estudiado. El texto ofrece un análisis de este proceso, desde la labor de Cristóbal Lozano hasta la de Matías Maestro. Culmina el artículo con la respuesta andina a los ideales estéticos tan caros a los círculos ilustrados limeños, la cual se aprecia mediante el análisis del caso de la iglesia de Rapaz y su decoración mural, que prolonga las retóricas formales del barroco andino hasta enlazarlas con el emergente arte popular del siglo XIX.

Igualmente interesante hubiera sido analizar los casos de algunas ciudades importantes del interior andino, inmersas en el espíritu ilustrado de forma consciente: Arequipa, con Antonio Pereyra y Ruiz; o el Cuzco del obispo Bartolomé Las Heras. Aunque limitándose a los ámbitos mitológico y esotérico, algunas asimilaciones locales del discurso ilustrado son abordadas por Teresa Gisbert, quien analiza diversos conjuntos iconográficos o temas mitológicos presentes en las artes surandinas de fines del siglo XVIII e inicios del XIX. Gisbert relaciona el renovado gusto por la mitología clásica no solo con la alegoría moralizante, sino con el esoterismo masón propio del movimiento independentista, con-

tinuando así una línea de interpretación presente en anteriores trabajos suyos, particularmente en *El paraíso de los pájaros parlantes*.

Al llegar los tiempos de la independencia, la necesidad de articular y ganar voluntades mediante los recursos visuales motivó intensas discusiones acerca de qué imágenes habrían de identificar a la naciente república. Esto constituye el tema del revelador ensayo de Natalia Majluf, quien argumenta que los símbolos nacionales, aparentemente ahistóricos, son en realidad producto de un contexto preciso. En este sentido, su estudio contribuye a desvelar, por ejemplo, la decisiva impronta del médico y político Hipólito Unanue al momento de elegir los elementos de la naturaleza para diseñar el Escudo Nacional. Ello era consecuencia del papel que había jugado el medio geográfico dentro del discurso reivindicativo del sabio ariqueño. Así, nos encontramos, de hecho, ante la primera aproximación verdaderamente historiográfica sobre el asunto, y ella se relaciona con el reiterado interés de Majluf por explorar cómo se fue configurando, en imágenes, la idea de la *nación*. Sus conocidos trabajos sobre Francisco Fierro y el costumbrismo limeño se enmarcan precisamente en esa línea.

Sobre el surgimiento de las tradiciones artísticas costumbristas y su relación con los viajeros naturalistas de fines del siglo XVIII trata el ensayo de Víctor Peralta Ruiz y Charles Walker. Este ofrece una visión panorámica del tema, acompañada de abundante material gráfico, en muchos casos inédito. Resulta interesante el enfoque dado por estos historiadores a los procesos de interacción cultural entre la mirada externa de los viajeros y la aparición del costumbrismo en el ámbito local, los que —salvo excepciones, como el trabajo de Pablo Macera sobre las acuarelas de Martínez Compañón— casi siempre han sido abordados desde perspectivas exclusivamente artísticas. Por otra parte, cabría recordar que, junto con conocidos viajeros como Angrand o Rugendas —en gran medida forjadores de la visión arcádica de Lima en el siglo XIX—, hubo otros artistas itinerantes, quienes trabajaron al servicio del mercado local. Figuras como Drexel, Meucci o Monvoisin halagaron a las clases pudientes nativas con retratos que satisfacían sus ansias de cosmopolitismo, pero su valoración y conocimiento precisos aún permanecen al margen de este tipo de estudios.

En el artículo que cierra el libro, Ramón Mujica presenta una visión panorámica, prolijamente documentada e ilustrada, del desarrollo de la caricatura en el Perú. Mujica hace un rastreo pormenorizado de los orígenes de este popular género artístico desde los tiempos del virreinato, lo que, de hecho, rebasa el marco cronológico que engloba a la mayoría de los artículos. Desplegando una abundante secuencia de imágenes —hoy, en su mayor parte, olvidadas—, el artículo aporta significativas revelaciones sobre el entramado político e ideológico que subyace en estos jocosos desafíos al poder. Se empieza a cubrir así un vacío evidente en nuestra historiografía, ya que casi todas las recientes publicaciones sobre la caricatura peruana se han centrado en el periodo de auge del periodismo ilustrado local, que se dio durante las primeras décadas del siglo XX.

Así planteada, *Visión y símbolos* constituye una notable iniciativa por explorar, de manera interdisciplinaria, algunos puntos claves de nuestro pasado histórico. Simultáneamente, el libro procura exponer nuevos temas de discusión, llamando de este modo la atención sobre parcelas tradicionalmente desatendidas de nuestra memoria histórica. Todo ello contribuye a poner en evidencia la importancia que tuvo la configuración de un denso imaginario simbólico —hecho de permanencias tradicionales y rupturas modernizadoras— en el lento y complejo tránsito del antiguo virreinato del Perú a la vida independiente.

RICARDO KUSUNOKI

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

ORREGO PENAGOS, Juan Luis. *La ilusión del progreso. Los caminos hacia el Estado-nación en el Perú y América Latina.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, 266 pp.

Una particular interpretación del pasado peruano había llevado hasta hace pocos años a resaltar las peculiaridades de nuestra historia sin enfatizar las respectivas similitudes o diferencias con otros países. De ahí